

El significado espiritual del «Homenaje a Beethoven» ⁽¹⁾

Mi compañero, el presidente del Centro de estudiantes, que posee la generosa costumbre de atribuir al prójimo los propios méritos, me obliga a pronunciar algunas palabras.

Por apremiante deber de sinceridad, debo declarar, ante todo, que si en la Comisión directiva que tuve el honor de presidir hasta días pasados he podido efectuar alguna gestión para traer a feliz término la fiesta espiritual de esta tarde, esa gestión se ha reducido a dar forma concreta a un anhelo de los alumnos de la casa, que en el transcurso de las últimas semanas sentían la necesidad de este homenaje como un impostergable imperativo de la conciencia.

No importa, pues, mis buenos amigos, quien haya organizado el homenaje; lo que importa es que éste se realice, y que sea precisamente el Centro de filosofía y letras la única institución estudiantil que dentro de la Universidad de Buenos Aires haya tenido la iniciativa de realizarlo. Esto sí merece destacarse. Merece destacarse porque extraña un poco, de primera intención, que la grata iniciativa cuajara aquí antes que en otro lugar universitario, y extraña mucho más, porque, a diferencia de lo que acontece con

(1) Véase la nota de la página 47.

otras agrupaciones estudiantiles, nuestro Centro no posee más riqueza que la que puede derivar de su inagotable espiritualismo, lo que significa decir, en términos más francos y menos académicos, que nuestro Centro es el más pobre de la Universidad.

No es éste, os lo aseguro, un modo de decir patético. Los compañeros bien lo saben. Los pocos centavos que con el correr de los meses podemos allegar en nuestra caja común, van destinados, de inmediato y en su casi totalidad, a la adquisición de libros; no de otro modo, en los hogares humildes y previsores, lo más del gasto se reduce a la compra mañanera del pan de cada día.

Pero esa falta de recursos materiales, que en otro ambiente importaría grave desventaja, a nosotros, en cambio, en ciertos aspectos, nos favorece. Nos favorece y beneficia, porque en nuestra Facultad, por la índole misma de sus estudios, tenemos entendido que la opulencia no suele andar muy de la mano con las cosas del espíritu.

De poseer mayores recursos, la ceremonia de esta tarde habría resultado más sonada y espléndida, pero a buen seguro, no más significativa ni más simpática en su faz estrictamente artística y en su expresión hondamente espiritual. Tarea vulgar y fácil, aunque pecuniariamente más gravosa, nos hubiese sido transformar este homenaje en espectáculo y trocar esta sala en recinto histriónico. Mas, por el contrario, deseosos de que el fácil discurrir de lo mundanal y transeunte se arremanse aquí, siquiera sea por modo momentáneo, durante una hora anhelamos para ella la unción de una capilla.

Sólo un homenaje hecho de desinterés, purgado de toda ostentación, de todo orgullo y de toda vanagloria, puede ser digno del espíritu purísimo que recordamos. Y ese homenaje, no es lícito declararlo sin temor de incurrir en casera alabanza, es el de esta tarde. A la gentileza y al concurso gracioso de los intérpretes, hemos procurado aportar toda la sencillez y toda la efusión emotiva de que somos capaces. Proceder de otro modo hubiese sido organizar un acto de pura imitación, hubiese sido recordar a Beethoven porque todo el mundo lo rememora, y porque, para los espíritus

superficiales, siempre está bien remedar, so color de cultura, todo lo que hacen o dejan de hacer los vecinos. Por dicha, en cuanto a esto, los estudiantes de filosofía y letras no somos pasibles de reproche. Los estudiantes de esta casa no acostumbramos a recordar a los grandes hombres en la sola ocasión del centenario de su muerte; recordarlos es para nosotros tarea de todos los días y oficio de todas las horas; no en vano, bien o mal, acertada o desacertadamente — que esto no sabría decirlo, así, tan de pasada — nos ocupamos de letras, de filosofía y de historia. Las humanidades son como la forma excelsa del recuerdo. La reviviscencia inteligente, no sólo sentimental, del pasado de los hombres.

El acto de esta tarde adquiere por ello significación inusitada. Me atrevo a decir que es el más relevante de los que hasta ahora han podido realizarse en Buenos Aires para honrar la memoria del autor de *Fidelio*. Por lo pronto, por el espíritu que lo anima, es superior a todos y cada uno de los homenajes efectuados en los varios conservatorios de la ciudad; es superior a la pleitesía póstuma, oficial y obligada, de instituciones que, por encima de la exclusiva preocupación artística, se limitan a cumplir su parsimoniosa misión docente, lanzando certificados y más certificados de competencia profesional; y es superior, de igual modo, a las conmemoraciones celebradas en uno que otro teatro porteño, toda vez que esas conmemoraciones — de las cuales la más significativa, si vale el eufemismo, correspondió a la banda municipal — fueron realizadas por músicos profesionales y no por artistas de la música.

Los intérpretes de esta tarde no hacen profesión de músicos, pero en cambio son tres enamorados del arte supremo, en el que, principalmente por obra de Beethoven, se ha podido cifrar toda la angustia y toda la alegría del mundo.

La señorita Renée Scharf, que conociéramos vez pasada, se ha formado como ejecutante, en los severos centros musicales de París y de Viena, ciudad esta última donde no le faltó ocasión de presentarse ante selectos auditorios. Sin embargo, para esta fina parisiense, la música, antes que un medio para la obtención del pú-

blico aplauso, es algo así como un arbitrio para encantar sus solaces de castellana en la vieja posesión del mediodía de Francia, bajo el mismo techo, puede decirse, que en el siglo xvii cobijara a la hija de Madame de Sevigné, la frívola condesita de Grignan, la feliz inspiradora del más hermoso epistolario femenino. La música es también para ella un modo de cantar su nostalgia de viajera de todas las tierras y de todos los puertos por donde se desarrolla la constante peregrinación artística de su señor padre, el pintor cosmopolita de las aristocracias de los más diversos países.

El señor Victor Scharf, diestro animador del conjunto instrumental de esta tarde, es de igual modo un enamorado de la música, en la que sus fatigas de gran pintor hallan descanso. La cultiva desde los años mozos. Ella fué como una amiga que al llenar con sus voces el cuarto del artista, tarde a tarde, dulcificándolas, borraba las asperezas de los días de aprendizaje, los desfallecimientos de las recias y laboriosas jornadas de Viena y de París, donde el señor Scharf fué discípulo de Carrière y de Whistler. Desde entonces, largos han pasado los años. Pero la música, el hada buena de los primeros tiempos, tarde a tarde, como antaño, canta todavía en el taller de este pintor de emperadores, de príncipes, de prelados y de aristócratas que, sin embargo, a fuer de buen psicólogo, usa de tanta y tan acendrada simpatía para comprender los humildes, cual lo muestran sus telas *Interior e Interior bretón*, que no hace mucho tiempo podían admirarse en el salón nacional del Retiro.

Nada diré que declare la afinada característica espiritual del señor Eduardo Newbery, el buen compañero de los años de colegio, el amigo dilecto de las charlas y veladas domingueras. Su modalidad profunda se revela suficientemente en el hecho de venir soslayando, de continuo, las situaciones materiales más ventajosas, a fin de procurarse el vagar necesario y la dorada pereza, sin los cuales la fruición artística no se hace presente. Si no me equivoco, el señor Newbery es de aquellos que creen — con razón y quizá sin paradoja — que esa dorada pereza es el único deporte que le conviene al espíritu.

Pero no es sólo la calidad de los intérpretes lo que prestigia esta ceremonia. La razón es otra. El homenaje a Beethoven no podía encontrar su marco natural sino en la Facultad de filosofía y letras, porque el gran músico, por los perfiles más firmes de su personalidad, está estrechamente ligado a nuestra casa de estudio. Es preciso entenderse. Está ligado a nuestra casa de estudio, no sólo porque la obra de esta figura egregia de la historia de la música puede ser materia de inquisición estética, o de lo que con tal título suele enseñarse en nuestro ambiente, sino porque Beethoven es un héroe, entendiendo bajo esta dominación — según costumbre de sus biógrafos más ponderados — no ya al que triunfa espectacularmente por la fuerza o la destreza, sino al ejemplar humano que en vida sabe ser grande de espíritu y limpio de corazón. No hay que olvidar que nuestra Facultad es una casa de humanidades, y que las humanidades, so pena de trocarse en pedantería sistematizada y trascendente, no son, en supremo análisis, más que el culto de lo heroico así entendido, la luz intelectual plena de amor, encendida frente a los que con el aporte no perecedero de sus obras, supieron poner, al modo de Beethoven, un poco de eternidad y de infinito en el fluir irrestañable de los días de la tierra.

El trío en *do menor* tercero de la serie que el maestro dedicó a Haydn, data de 1795. Estos tríos fueron ejecutados por primera vez en los salones del príncipe Lichnowsky. Haydn, el músico glorioso, que asistía a la audición, aconsejó a Beethoven que no publicase el citado trío. Pero Beethoven desatendió el reparo y guardó rencor a Haydn por su observación.

El incidente es, en verdad, significativo. El viejo Haydn frente a Beethoven, como más tarde el viejo Hugo frente a Baudelaire, presentía ya un temblor nuevo, un nuevo estremecimiento sentimental desconocido en la música de entonces. Durante todo el siglo xviii, sólo en algunas obras de Mozart — en la sonata y fantasía para piano, en la sinfonía en *do mayor*, en el quinteto en *sol* y en los últimos cuartetos — puede adivinarse un anhelo tan intenso de expresión espiritual, como el que palpita inequívoco en

el trío de que hablamos. La oposición estaba, pues, planteada. Por una parte la música de Haydn, el *divertissement* perpetuo, la travesura sonora; por otra, la música de Beethoven, con su aspiración cada vez más imperiosa, de trocarse en una voz, en un canto expresivo de los afectos humanos más inefables.

Sin pertenecer al número de las grandes obras del maestro, el trío en *do menor* cobra así singular importancia. Puede ser considerado como el punto de partida de la evolución portentosa de su genio. Nos anuncia, en todo caso, al Beethoven de la Quinta sinfonía, de las sonatas de la segunda manera y de los cuartetos dedicados a Rasumofsky.

El *andante cantabile* con variaciones y el *minuetto*, son páginas risueñas, todavía mozartianas, a través de cuyo finísimo discreto lírico canta toda la alegría del sabroso vivir. Sólo la cuarta variación del *andante*, cuyo decir doloroso se desarrolla en una sombría tonalidad menor, constituye una nota personal.

Esta nota personal aparece acentuada en los tiempos primero y último, en el *allegro* y el *finale*, que tienen ya todas las características de la segunda manera beethoveniana; los temas típicos, emanados del acorde perfecto, de gran energía rítmica y presentados bruscamente, sin preparación; la belleza melódica de las ideas secundarias y el hondo interés del desarrollo; la emancipación de las tiranías de la forma; la poesía profunda y la intensa vida espiritual.

El trío *op.* 70, data ya de la plena madurez del genio. Es contemporáneo de la sinfonía *Pastoral*, de la sonata en *la*, para piano y violoncelo, del concierto en *sol menor* y de los cuartetos *op.* 59.

El *allegro* se caracteriza por el enérgico unísono de los tres instrumentos, de los que se desprende una melodía de consuelo, de mansedumbre y de cordial resignación. El estupendo desarrollo, la inesperada *reprise*, la energía rítmica y la vivacidad del conjunto hacen que este tiempo una a su belleza intrínseca el más alto interés musical.

El *largo assai*, independientemente considerado, constituye un trozo único. Debe contarse en el número de las creaciones más fe-

lices y más características de Beethoven. Nunca se ha expresado en arte un dolor tan intenso y una inquietud tan profunda con tal dignidad en la queja, tal recato en el sollozo y tal equilibrio en la expresión total. Las manoseadas categorías de *clásico* y *romántico* pierden todo su sentido, toda su comprensión, cuando por fácil y obligado procedimiento crítico se intenta aplicarlas a este trozo, en el que, por raro prodigio, aparecen conciliados e indentificados el sufrimiento más borrascoso, la angustia más afligente y conturbadora, con la expresión más noble y más serena. El artista, porque en este caso es algo más que un artista, en el instante mismo del sufrimiento parece sobreponerse a él, hasta señorearlo totalmente por un acto libérrimo de fortaleza moral. De este modo, en forma perceptible para el ánimo atento, vase gestando en el *largo* el estallido gozoso de la última parte del trío, el ritmo dionisiaco con que el músico supera la dolorosa y recogida intimidad del momento anterior, para afirmar de inmediato, con una audacia y una maestría de modulación inusitadas, toda la fruición, toda la santa fruición del ser y del vivir.

Durch Leiden Freude!, la alegría mediante el dolor. La grande, la enorme y saludable lección que canta en el huracán jubiloso del final de la Novena sinfonía alienta ya, como en compendio, en la obra que nos aprestamos a gustar.

No me resta, pues, en gracia a la ahora más que nunca apetible brevedad, sino dejar espacio para que se inicie el homenaje cordialísimo, del cual, naturalmente, deben descontarse estas pobres palabras mías. En el día de su recuerdo, el Centro de estudiantes de filosofía y letras sólo puede ofrecer a Beethoven su propia música, lo que resulta, en verdad, magnífico ofertorio. Gracias a la riqueza de Beethoven, que junto al caudal de todos los artistas y de todos los sabios forma el patrimonio espiritual inalienable de los estudiantes de filosofía y letras, a pesar de su consabida pobreza y desnudez material, a cien años de distancia, estos estudiantes pueden responder, por propio y natural impulso, a las últimas y conmovedoras palabras con que en el testamento de Heiligenstadt — sólo nominalmente dedicado a sus hermanos

Karl y Johann — el genio del dolor y de la alegría se despedía de los hombres :

« No me olvidéis enteramente en la muerte; merezco que penséis en mí, porque a menudo he pensado en vosotros, durante mi vida, para haceros felices. ¡Sedlo! »

ANGEL J. BATTISTESSA.